

**LA IGLESIA PARTICULAR  
A LOS VEINTE AÑOS  
DEL CONCILIO VATICANO II**

Reflexión teológica sobre  
el misterio de la Iglesia

XII REUNION GENERAL DE VICARIOS DE PASTORAL.  
MAJADAHONDA (MADRID). 5-8 de Mayo de 1986.

SECRETARIADO DE LA COMISION EPISCOPAL DE PASTORAL

---

# P O N E N C I A S

## Primera ponencia

### LA IGLESIA DEL SEÑOR

Marcelino LEGIDO

Sacerdote de la Diócesis  
de Salamanca.

Nos proponemos en estos días ahondar en el misterio de la Iglesia local, de la cual se dice en "Christus Dominus", 11: "La diócesis es una porción del Pueblo de Dios que se confía a un Obispo para que la apaciente con la cooperación del presbítero de modo que unido a su pastor y reunido por él en el Espíritu Santo por el Evangelio y la Eucaristía, constituye una Iglesia particular en que verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo que es una, santa, católica y apostólica". Este fragmento tan importante debe ser profundizado con "L.G.", 26 donde el ahondamiento en el misterio de la Iglesia local es aún más profundo.

Antes de comenzar la reflexión cristológica, sería conveniente decir que el Concilio Vaticano II nos ha hecho volver a los orígenes del acontecimiento y de la comprensión de la Iglesia en torno a la mesa del Señor, punto de arranque y término de su peregrinación hacia el Reino. Con lo cual, la Iglesia particular no es una parte de la Iglesia universal, como ya sabéis. Es la presencia y la manifestación plena de la Iglesia de Cristo. No es una parte del todo. Es una porción que expresa el todo, que realiza el todo, que manifiesta el todo. Por tanto, la Iglesia local no es una parte que atomiza el espacio de la Iglesia universal, sino la concentración de la Igle-

sia misma que se realiza en la comunión y en la misión del Señor que la encabeza peregrinando por un trozo de tierra de la historia humana. Si es así, nuestra contemplación de estos días no debiera ser, en primer lugar, el tejido eclesial institucional de la organización de un territorio, cuanto la contemplación de ese cuerpo misterioso, y al mismo tiempo visible, de la Eucaristía que constituye la Iglesia. La Iglesia es el cuerpo del cuerpo de la Eucaristía. En la Eucaristía tiene su centro, puesto que la Eucaristía es el mismo misterio pascual que se nos entrega: "communio sanctorum", anticipo del Reino de Dios.

Así nos situamos entonces ante la Iglesia de Cristo en su plenitud, que es servida por el carisma apostólico del obispo con su presbiterio, que comparte con él en unidad la consagración y la misión apostólica. Nos situamos pues en el corazón del misterio de la Iglesia que aparece diseñado en los saludos del apóstol: "Pablo llamado apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios, a la Iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados santos, con cuantos en cualquier lugar invocan el nombre de Jesucristo, Señor nuestro, de nosotros y de ellos, gracia a vosotros y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo" (ICor.1,1-3). "La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu con vosotros". (IICor.13,13). Para la profundización en el misterio de la Iglesia local, presentaremos los textos en una sencilla catequesis popular.

1. "HA LLEGADO EL REINO". "TODOS VOSOTROS SOIS HERMANOS"

Indudablemente el misterio de la Iglesia solamente se puede comprender desde el misterio del Reino. Pues la Iglesia es germen e instrumento suyo. Entonces tenemos que ir a los caminos de Galilea para poder así comprender el misterio de la Iglesia. Esta primera aproximación al misterio de la Iglesia en los caminos de Galilea, la llamamos la mesa que llevó a la cruz. Cuando Jesús recorría los pueblos y las aldeas, dice el texto sinóptico: "Se le conmovieron las entrañas porque les vio despojados y abatidos como ovejas que no tienen pastor" (Mat.9,36). Recorría los pueblos y las aldeas y se le conmovieron las entrañas. En realidad, el camino empezaba desde sus entrañas, desde la misericordia entrañable del Padre que se la había dado a él. Desde ahí empezaba el camino. Se

ve que él descubre a los hermanos en una tierra de sombras de muerte: "están despojados", "están abatidos", "están desencaminados". Lo que a Jesús más le llamaba la atención era que estaban descaminados. Efectivamente, no tenían pastor. Jesús descubre a los hermanos esclavizados y enfrentados, en una red implicada del pecado personal y el colectivo. Están esclavizados por fuera y por dentro. Es decir, están cargados de cadenas por fuera, pero también por dentro. Están cerrados al amor del Padre y de los hermanos. Idolatría y opresión son cadenas que nacen dentro y se proyectan hacia afuera y retornan adentro, en un círculo de servidumbre difícil de arrancar. Por otra parte, Jesús los ve, no solamente padeciendo la servidumbre, sino padeciendo la enemistad, como si un muro de separación (Ef.2,14) según la palabra del apóstol, existiera entre ellos, un muro de separación que no solamente es estructural, que también lo es, sino además interno. Lo mismo que en la dinámica de la servidumbre también la enemistad que procede del interior y construye el muro de separación de la historia, muro que revierte en los hermanos alentando en ellos el odio.

El pueblo estaba a la espera de la liberación del Señor "levanta bandera para que se agrupen nuestros exiliados. Y sé tú nuestro Rey" (Semoné Egré, 10,11). "Que haga prosperar nuestra liberación, que haga nacer a su Ungido" (Qaddisch). Con los salmos mesiánicos los pobres del Señor gritan desde el alma, o mejor, desde la promesa que el Padre les había hecho: "Dios mío, da tu juicio al Rey, que los montes traigan la paz, que los collados traigan la justicia" (Sal.71,1,3). "Levanta de la basura al pobre para sentarlo con los príncipes de su pueblo" (I Sam.2,8). "Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos les colma de bienes y a los ricos los despide vacíos" (Luc.1,52-53). Pues, bien, en esta situación de opresión y de enemistad, que es personal y estructural al mismo tiempo, una situación que recuerda a la esclavitud de Egipto, pero más aún, al destierro de Babilonia, ahí aparece el Mensajero de la Buena Noticia. Jesús va recorriendo los pueblos y entonces toma la palabra del II Isaías para dar la Buena Noticia. El pueblo está esclavizado como en un campo de concentración. Un vigilante que está vigilando da un grito: "¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la buena noticia y que pregona la salvación, que dice: reina tu Dios!" (Is.52,7).

Jesús va por los pueblos con el grupo de los doce para dar esta Buena Noticia que aparece en la tradición sinóptica en una expresión muy condensada. En Mc.1,14-15: "Ha llegado el reino". Fragmento que tiene como paralelo el Mt.4,12-17 que empalma con el texto de Is.9,1: "El pueblo caminaba en tinieblas y vio una luz grande. A los que caminaban en tinieblas y en sombras de muerte, una luz les brilló". Entonces comenzó a decir: "Ha llegado el reino". Con el paralelo significativo del Evangelio de Lc.4,16-22: "El Espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungido, me ha enviado a anunciar la Buena Noticia a los pobres, la liberación a los oprimidos, a dar vista a los ciegos, a arrancar las cadenas de los encarcelados y a anunciar el año de gracia del Señor". La palabra central es ésta: "el año de gracia del Señor". El año de gracia del Señor es el año en que la tierra se convierte en palma de la mano llana y abierta: se tiran las barreras, se arrancan todas las cadenas de los criados y la tierra se convierte en mesa. Es posible el corro común que era el propósito del Señor de la historia según su alianza (Lev.25,8ss).

Entonces Jesús empieza a predicar la Buena Noticia del Reino que es el año de la gracia. Al mensajero la gente le esperaba de manera distinta. Le esperaba como un Mesías que tomara el poder en aquel marco prerrevolucionario donde, desde distintos bloques sociales, había acciones muy decididas de toma del poder, tanto en el bloque dominante dinamizado por los fariseos como en el bloque dominado dinamizado por los guerrilleros. Jesús aparece de forma extraña: Hijo amado del Padre, entregado como siervo. Aparición de la pura gracia, de la gracia inmensa que renuncia a toda forma de poder, para hacer aparecer no una alternativa histórica, sino la nueva creación.

Podemos descifrar las palabras de su buena noticia: "Ha llegado el Reino". Se trata del Reino de Dios. Pero en el reino siempre hay un rey. Luego, el rey tiene siempre un lugarteniente: el ungido. Además el rey en su lugarteniente hace el reino. Además el reino implica una tierra y un pueblo. Luego está el ejercicio de la soberanía que más que llamarla reino la podíamos llamar reinado. Porque no es lo mismo el reino que el reinado. Todo esto era un poco lo que el pueblo sencillo de Galilea escuchaba al fondo cuando Jesús decía: "Ha llegado el Reino" (Mc.1,15). Hay que saber que la palabra reinado, ya desde el Oriente antiguo y mucho más en el mundo bíblico, significaba el

ejercicio de la justicia. Por tanto, el reino y su justicia, un reinado de justicia, que no consiste en la imparcialidad, sino en la toma de partido por los desvalidos del mundo. Por tanto, el rey justo se manifiesta cuando hace justicia a todos, pero poniéndose preferencialmente de parte de los oprimidos y de los más débiles. Lo que ocurre es que esta Buena Noticia en Jesús adquiere una absoluta novedad. Como dice Ireneo, "cuando él vino, vino la novedad", la absoluta novedad. Y ¿dónde está la novedad? Pues en que el Ungido nada menos que era el Hijo del amor, el Hijo amado del Padre, el resplandor de su gloria, la marca de su ser, su propia imagen, su propio rostro, su propia palabra.

Como vino el Hijo y además vino entregado en la forma de siervo, cuando la gente le pregunta en la plaza del pueblo qué significa eso de que ha llegado el Reino, Jesús tiene que hacer una exégesis de esta palabra radicalmente nueva. En su anuncio, no solamente se cumple la promesa, sino que se innova radicalmente. Parece que se está inaugurando de nuevo la creación. O mejor, amaneciendo una creación nueva. Cuando la gente le pregunta qué quiere decir que el reino de Dios llega, él responde: "Pues que todos vosotros sois hermanos porque tenéis un Padre" (cf. Mt. 23,8-9). El Rey es el Padre. Esta es la palabra radicalmente nueva y misteriosa: "¡ABBA!" (Mc. 14,36 ; Gál. 4,6; Rom. 8,15). Tenéis un Padre. El me ha mandado a mí sencillamente para que os entregue el Amor que El me dio. Esto significa que me ha ungido, me ha enviado a mí para que os ame a vosotros como El me ama a mí, porque quiere amaros como me ama a mí y reuniros en torno a mí como hijos y como hermanos. Por tanto, todos vosotros sois hermanos. El Padre os ama.

El Reino es la aurora de la gracia, la aurora de la misericordia aparecida en la persona del Hijo que ahora hace camino por los pueblos como uno más de nosotros. Entonces ¿qué significará el Reino? Pues si el Rey es el Padre y el Ungido es el Hijo del Amor, entonces seguro que tengo que traducir pueblo por familia de hermanos. Todos vosotros sois hermanos. Además tenemos que traducir tierra por hogar, por casa, por mesa. Claro, era la imagen más sencilla de decir para todos los hombres de todos los tiempos. Mesa grande como la de una boda, como cuando en el pueblo se juntan las mesas de todas las casas y se hace una mesa grande para la gran familia que se reúne en la alegría del amor. ¿Cómo tenemos que traducir

reinado? Indudablemente tenemos que traducirlo por justicia a todos, desde los últimos. La justicia de Dios, que es su gracia, se ejerce en una amorosa preferencia por los pobres según aquella expresión del mismo Señor: "Me ha ungido para dar la Buena Noticia a los pobres" (Lc.4,18). El reinado y su justicia hecha desde el no ser de la creación para inaugurar la nueva creación.

La imagen más sencilla y viva del misterio del reino será la mesa. En esta gran pelea donde se ve a los hombres luchando como esclavos en el muro de la separación: unos arriba, otros abajo, otros más abajo. Todos cerrados al amor y golpeándose. En esta historia donde se tiene la experiencia de la opresión y de la injusticia, es decir, del enfrentamiento y de la servidumbre, aparece la mesa puesta para inaugurar la tierra nueva que esperamos, el año de gracia del Señor como un don. No es ni más ni menos que las manos mismas de Jesús. La mesa son las manos mismas de Jesús. En ellas se ha inaugurado el reino.

¿Cuál es entonces el primer milagro que sucede a esta mesa? Es la liberación y la reconciliación de los hombres desde la hondura más profunda, es decir, desde la gracia que los convierte. No que se conviertan para recibir la gracia, sino que es la gracia la que los convierte. La parábola central será por tanto la parábola del hijo pródigo o, mejor, de los dos hijos pródigos o, mejor, del Padre de las misericordias que con los brazos extendidos acoge a todos y los entrafia en sus entrañas (Lc.15,11-31). Por tanto, el milagro primero de esta mesa que se pone es la fraternidad, son los hermanos que se reúnen, se apiñan en torno a Jesús, gritando con él la misma palabra en la unidad del Espíritu Santo: ¡Abbá! Al decir ¡Abbá! se pueden llamar hermanos y dejar de ser enemigos y de ser esclavos porque han pasado de la esclavitud a la libertad, de la enemistad a la filiación.

Naturalmente no se puede reunir una familia de hermanos inaugurando una nueva mesa si los últimos continúan tirados en el basurero. Por tanto, el segundo gran milagro será, una vez que tenemos reunida ya la familia de hermanos, ir a buscar a los últimos. Jesús les cura las heridas, los levanta, los pone en pie como hombres nuevos. No como un gesto benéfico, sino curándolos y recreándolos como hombres nuevos para que se incorporen a la fraternidad y sean los pioneros del mensaje clamor del Reino: "Los

ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les da el Evangelio" (Mt.11,5; Lc.7,22). Esta lista de signos culmina en el signo último: "los pobres son evangelizados" que significa, no sólo que se les da el Evangelio, sino que se les encomienda a ellos que están en el umbral de la nada ("los muertos resucitan, los pobres son evangelizados") para que la misericordia desbordada sobre la miseria haga aparecer la nueva creación.

Esa mesa donde por una parte está el pequeño grupo de hermanos a un lado, y, por otra parte, el pequeño grupo de pobres levantado de la basura, no a mandar sino a servir a la mesa, es una mesa que está convocando al pueblo entero, a la tierra entera. El gran signo de la tradición sinóptica, antes de la crisis de Galilea, será la multiplicación de los panes y los peces (Mc.6,30-42; 8,1-10). Está Jesús, en la cabecera, con sus manos extendidas. A un lado los doctores, a otro lado los pobres, el pueblo entero, en corro la tierra convertida en mesa, el pan nuestro que pasa a manos de él y se multiplica y se reparte hasta la saciedad, y la vida eterna ya ha comenzado. En realidad el reino se está inaugurando. Es la mesa puesta en el campo de concentración, en el campo de guerra. Ahí mismo donde estaba el muro de la separación.

Pero esta mesa común no la quiere nadie. No la queremos los que estamos arriba, no la queremos porque nos desestabiliza, nos hace perder puestos, nos hace perder pie, casi identidad. Pero a los pobres tampoco les interesa. Si se tratara de repartir, pero se trata de compartir y compartir es distinto de repartir. Entonces a los pobres tampoco les interesa la mesa del compartir. Entonces los que estamos situados arriba ante el Ungido que avanza, pasamos de la disputa a la agresión. Primero haremos preguntas: ¿Qué se va a hacer con los pobres? ¿Con este puñado de gentes adonde vamos? ¿Y tú por qué no cumples la ley? ¿Y tú por qué no te atienes a las tradiciones de los padres? Así pasamos de la disputa a la agresión. Pero los pobres pasan de la admiración a una tremenda desilusión. No era esto lo que esperaban: ¿Una mesa de compartir? Ellos esperaban dar la vuelta a la pirámide por una toma del poder. Pero así, abajo, una mesa de compartir donde ellos, encima, tuvieran que pasar de la servidumbre al servicio, en la forma de servidumbre escatológica se entiende, no estaba en sus cálculos. Por eso la multiplicación de los panes y de los peces supone el gran escándalo

que, como dice Jesús en su Evangelio, hace que la gente se vaya (Jn.6,66). Jesús viene a decir que lo que hay que poner allí en la mesa es la propia vida, el pan de la vida entregada por el mundo. Jesús llama a todos a compartir su gesto del pan partido. Los mismos apóstoles se quieren también marchar (Jn.6,67), y pasan gradualmente del seguimiento a la traición. Solamente Pedro le acompaña hasta el palacio de Pilato (Mc.14,54), y sólo el discípulo amado (Jn.18,15), tal vez por haberse dejado amar, atravesó con él el madero de la cruz (Jn.19,26-27).

Por tanto, una mesa puesta entre dos frentes, no como una alternativa histórica sin más, una mesa puesta entre dos frentes como inauguración de la creación nueva, es decir, de una tierra y unos cielos nuevos, donde el hombre deje de ser verdugo que tiene a su lado otra víctima, aunque sea la de turno y que acoja milagrosamente el don de la libertad y de la fraternidad que se le regala para poder llegar así a ser hombre nuevo en una humanidad de una creación nueva, esto es el escándalo de la mesa compartida. El escándalo prepascual, es la mesa de los perdidos, los desgraciados, para que, encima, pasen a ser siervos. Este escándalo conduce a Jesús al madero de la cruz. Es decir, la mesa del reino, puesta en el conflicto de la historia, avoca a la travesía de la pascua.

El Señor no se detiene. Da un paso adelante. Con el grupo de los apóstoles y discípulos, que son el germen y el diseño de su Iglesia. Fermento del Reino del Padre. Está delante de ellos, paradójicamente contra ellos. Es un itinerario extraño. Hasta los mismos doce quedan un poco desconcertados. Es el camino del servicio a muerte. La disputa del camino se prolongó hasta la mesa antes de padecer: "El que quiera ser entre vosotros el mayor que sea el último y el servidor de todos. Porque ¿quién es más grande, el que está a la mesa o el que sirve? Pues he aquí que estoy en medio de vosotros como el que sirve" (Mc.10,45; Lc.22,26-27).

## 2. "LE AGRACIO CON EL NOMBRE SOBRE TODO NOMBRE"

El relato de la pasión revela cómo se pasó de la mesa de los caminos al madero de la cruz. La cruz nace del amor situado en el camino. La mesa entre los frentes avoca a la cruz. El viejo himno pascual cantaba: "Amorsacerdos inmolat". Quien está en juego es el amor que abre el camino y que conduce a la cruz. Al entregarse el Amor en la conflic-

tividad histórica aparece la absoluta novedad del Hijo entregado, el don de la nueva creación. En los relatos antiguos de la pasión, que están tejidos con los textos de Isaías y con los salmos del justo doliente, aparece un verbo que se conjuga de distintas formas: es el verbo "entregar". Con este verbo, los primeros discípulos intentan explicar la hondura de la travesía pascual, lo que hay más adentro de los acontecimientos históricos. A simple vista, parece que al Ungido lo entregaron. ¿Quiénes lo entregaron? Todos: lo entregó el sanedrín, es decir, los dueños de la tierra, ancianos, sacerdotes, letrados. Pero también lo entregó el pueblo, el pueblogritó por su sangre. Lo entregaron todos. En el Evangelio de Marcos hasta las mujeres quedan también descalificadas porque ¿quién no va a entregar y rechazar una gracia tan inmensa que no nos cabe en los ojos? ¿Es qué podíamos comprenderle? Lucas dice que no sabíamos lo que hacíamos (Lc.23,34). Entonces le entregaron todos.

Pero cuando se escuchan los textos de Pablo y de Juan vemos que contemplan este misterio a otra hondura todavía mayor. Se ve que quien entrega a Jesús es en realidad el Padre. Fue el Padre el que lo entregó: "Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo" (Jn.3,16). El que no perdonó -con la imagen de Abraham e Isaac- el que no perdonó a su propio Hijo, sino que le entregó por nosotros ¿cómo no nos va a regalar en gracia todo con El? (Rom.8,32). Por tanto, lo que está en la cruz son las manos del Padre que le entrega para dar un abrazo a los verdugos del Ungido.

El Padre estaba en el Hijo crucificado, reconciliando al mundo consigo. En el madero se desentrañó por entero la misericordia. Hizo un intercambio, un increíble intercambio, pasando su bendición a nuestra maldición, pasando su gracia a nuestro pecado, haciendo al Hijo pecado por nosotros, a aquel que no había conocido el pecado (II Cor.5, 21). Por tanto, son las manos del Padre las que le están entregando según aquella expresión de la vigilia pascual: ¡Qué asombroso beneficio de tu amor por nosotros, que incomparable ternura y caridad, para rescatar al esclavo, entregaste al Hijo!

Nosotros lo entregamos. El Padre lo entregó. Ahora cuelga del madero suspendido entre el cielo y la tierra. Abandonado del Padre que le pasó a nuestra orilla y rechazado por nosotros, que le arrojamos de nuestro lado. Así

puóo llegar a la locura del amor que es el amor gratuito que él selló en la sangre según la expresión del apóstol: "gratis en su gracia, en su sangre" (cf. texto eucarístico: Rom.3,23-25). Suspendido entre el cielo y la tierra, él mismo se entrega a sí mismo. Juan lo subraya: "mi vida no me la arranca nadie, soy yo mismo el que la doy" (Jn.10,18). Y Gálatas confiesa: "me amó y se entregó a la muerte por mí" (Gal.2,20). Hacer que el amor sea gracia, vivir el amor como gracia, solamente se puede vivir en el rechazo. Cuando los hermanos nos rechazan, cuando nos golpean (Mt.5,11), es cuando el amor se excede en gracia y cuando la gracia se puede exceder en la sangre. Ahora es la travesía. El Hijo del amor, mirando el cielo cerrado, grita el salmo 21: "Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado? (Mc. 15,34). Después mira a la tierra y ve que todos se burlan de El (Mc.15,29-32). El calvario no fue un drama, sino una comedia, una risa. El poder se desentiende de la ternura con una inmensa facilidad y sin ninguna consecuencia. Fue entonces cuando él, levantando los ojos al Padre y las manos extendidas a nosotros, dijo: "Padre, perdónalos que no saben lo que hacen" (Lc.23,34). Y al revés, levantando las manos al Padre y mirándonos a nosotros dijo: "Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu" (Lc.23,46). Y así se hizo entrada, puerta de acceso. El velo del templo se rasgó por medio (Mc.15,38). El muro que nos separaba del Padre y de los hermanos se rompió. Ahora, por él, en el Espíritu, tenemos acceso al Padre, en la misma unidad de su Amor. (Ef.2,18).

Pablo, asombrado del Hijo hecho maldición y pecado por nosotros, ve su travesía como la hora del hundimiento y ha añadido al himno cristiano primitivo una aclamación de asombro: "y muerte de cruz" (Flp.2,8). Juan en cambio, al ver al Hijo encumbrado sobre el madero, contempla la travesía como la hora de la exaltación, la hora de la entronización: "Cuando yo fuere levantado sobre la tierra, todo lo atraeré a mi mismo" (Jn.12,32). Por eso el Cristo de Juan muere exaltado en la cruz como en el trono. La palabra "Rey" escrita en las tres lenguas de la "ekumene" es una aclamación, una proclamación ante la humanidad y el universo.

El Hijo muere entregándonos la misericordia entrañable: "Todo está consumado" (Jn.19,30 a). El texto empieza en Jn.13,1, diciendo: "habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el extremo" (ceis telos). La palabra "telos" aparece ahora en perfecto "tetélestai". El amor está consumado: "E inclinando la cabeza, entregó el Espíritu" (Jn.19,30). Lo que entrega no es el alma sino

el Espíritu Santo, es decir, la misericordia entrañable del Padre. El soldado le atravesó el costado "y de su costado salió sangre y agua" (19,34). Ya están sobre la mesa el pan y la copa de la eucaristía. Aún antes de resucitar parece decir Juan, ya tenemos los sacramentos pascales. Ya está la mesa puesta en el mismo monte calvario, por eso "mirarán al que traspasaron" (Jn.19,37). En realidad, esta travesía es un único acontecimiento. La pascua es un único gesto de entrega. El Padre fue quien lo entregó. Lo amó más que nunca al entregarlo a la muerte. Pero la travesía de la muerte del amor no pudo hacer que el Hijo quedara en las manos de la muerte. En las manos del Padre estaba muriendo. Pero esas mismas manos del Padre que le entregaron a la muerte, le estrecharon contra sus entrañas en la unidad del Espíritu Santo para devolverlo a la vida. Los primeros cristianos, asombrados de la victoria de la gracia, aclamaban en la primera confesión de fe: "Bendito sea Dios que resucitó a Jesús" (cf. II Cor.1,9; Rom.4,17). El Padre le alentó el Espíritu y le arrancó de la muerte, y al tiempo nos arrancó a nosotros y al universo de la muerte con él. Porque ¿qué somos nosotros más que carne de su carne y hueso de sus huesos? Pero no solamente lo arrancó de la muerte, lo hizo pasar del último lugar al primero, lo levantó, lo encumbró. El verbo encumbrar es un verbo que usan Pablo y Juan.

Pablo, en un texto que es único en su formulación: "lo encumbró sobre todo" (Flp.2,9). Es una palabra única en el Nuevo Testamento: "Lo encumbró sobre todo". Tal vez tenga que ver con los rituales de la entronización. El rey, a su hijo, primero lo levantó al trono, luego lo proclama y todos los demás, de rodillas, lo aclaman. Tal vez en el himno Flp. 2,6-11 subyace un acontecimiento de una auténtica liturgia en la entronización: "hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz". Por eso el Padre lo sobrelevantó, lo encumbró más arriba de la humanidad, más arriba del universo, más arriba de la historia, "sobre todo". Y después lo proclama, le da "el nombre sobre todo nombre" (Flp.2,9). "Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi derecha" (Sal.109,1). ¿Cuál es "el nombre sobre todo nombre"? Yahvé: "Yo soy". Increíble ¿verdad?. "Señor mío y Dios mío" (Jn.20,28). Dios, Dios, Señor. Es el nombre de Yahvé, el nombre sobre todo nombre. Pero Pablo está contemplando este nombre de Dios, el Señor; él contempla siempre a Jesús como Hijo, como Hijo del amor, por tanto Hijo entronizado en el poder (Rom.1,4). Y si Cristo es

el título que expresa su entrega por nosotros, Señor expresa su entronización sobre nosotros. Jesús es el Hijo amado entregado por nosotros, el Cristo, el Hijo entronizado por nosotros, el Señor.

Pablo, en esta contemplación, está dando vueltas a una imagen que le viene siempre al corazón, siempre que contempla a Jesús. Es la imagen de el "hombre". No de Abrahán aunque quiere mucho al patriarca, sino de Adán, el hombre. Jesús, el Señor, es el hombre, el hombre nuevo. Se está inaugurando la creación. No sólo el pueblo de Dios se convierte ahora en nuevo. Es la vieja humanidad la que ahora se inaugura en nueva humanidad. Por tanto, la traducción de Kirios, el Señor, será "protótokos" igual a Primogénito. ¿De quién? Primogénito de los hermanos, primogénito entre los hermanos (Rm.8,29). Primogénito de toda la creación (Col.1,15). Hermano mayor que encabeza la familia, primogénito de los hermanos; hermano mayor que encabeza el universo, primogénito de toda criatura. El que nació primero y sufrió primero, es el que encabeza a todos y a todo, desde la travesía pascual. El es el Primogénito de entre los muertos" (Col.1,18). Con un acento semejante, le llama Lucas: pionero de la vida, "iniciador de la vida" (Hchs.3,15; 5,31) el que precede e inaugura la vida. Aclamación muy querida también de la comunidad de Juan que en tiempos de persecución aclama a Jesucristo como "Primogénito de entre los muertos", "príncipe de los reyes de la tierra" (Ap.1, 5) ante el que la humanidad y el universo tienen que ponerse de rodillas. "Para que se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los abismos y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre" (Fpl.2,10-11).

Ahora le vemos entronizado en el madero. Ahora contemplamos su gracia pascual. Ahora nos damos cuenta de que estamos asistiendo a la inauguración del Reino. La cruz se ha convertido en mesa para hacer un camino en la historia que termine en la mesa final de la consumación del reino. La pascua es el comienzo de la parusia. La parusia ha empezado ya. Sólo la pequeña comunidad lo sabe y lo confiesa, pero esta comunidad que está aclamando a su Señor, en torno a la mesa de la Eucaristía, tendrá que salir de la mesa de la Eucaristía para hacer camino por el universo hasta la mesa consumada del reino. En el prefacio de la Ascensión del Señor confesamos que no se ha ido

para desentenderse de este mundo, sino que va delante de nosotros como cabeza nuestra para que nosotros, miembros de su cuerpo, le sigamos con la ardiente esperanza de tomar parte en su reino.

Cuando decimos la Iglesia del Señor, estamos diciendo que el Señor encabeza la Iglesia, más aún, que el Señor encabeza el universo en la Iglesia. Es la contemplación admirable de Efesios: "...que el Padre...ilumine los ojos de vuestro corazón para que comprendáis... la soberana fuerza de su poder ... con la que le resucitó de entre los muertos y le sentó a su derecha por encima de todo poder..." (Ef.1,17-21). ¿Cómo vamos a tener miedo?, ¿cómo va a tener miedo la Iglesia? "Por encima de todo poder, fuerza, soberanía" -y citando el salmo 8, sigue- "Todo lo puso debajo de sus pies y le dio como cabeza del universo a la Iglesia" (Ef.1,22). Le puso como cabeza del universo poniéndolo como cabeza de la Iglesia. Pobrecilla Iglesia peregrina, fraternidad itinerante y frágil. Y sin embargo, quien la encabeza a ella es quien encabeza el universo porque misteriosamente esta Iglesia es su Cuerpo. Y el Hijo que es plenitud desborda su plenitud en la Iglesia, plenitud plenificada para que lleve a plenitud el universo. "La Iglesia que es su cuerpo, la plenitud del que lo lleva todo a plenitud" (Ef.1,22-23).

Decimos que la mesa puesta en el camino se ha convertido en cruz. Y en la pascua, la cruz en mesa, como anticipo de la mesa final. El Cristo de los caminos, el Cristo histórico, es el mismo Cristo pascual. El Evangelio del Reino es el mismo Evangelio de Cristo. El con los hermanos a la mesa, partiéndolos el pan, es la anticipación del Reino del Padre. Admirablemente lo formuló Orígenes: El Cristo pascual es la "autobasileia", es el reino mismo. El Reino de Dios es, por consiguiente, el mismo Cristo entregado y entronizado, puesto que él, en su propia humanidad, es la presencia, la liberación y la reconciliación del amor de Dios ofrecido a todos los hombres. Es en él donde la humanidad herida por el pecado recibe del Padre la victoria y la glorificación definitiva de la resurrección. Jesucristo resucitado es las primicias del Reino de Dios, de la nueva humanidad y de la nueva creación que ha de ir reuniéndose y configurándose en torno a su cuerpo y a su humanidad glorificada (cf. Rm.8).

Se comprende bien el himno al Señor que subyace al texto conciliar. Nos ha hecho pasar del dominio de la esclavitud al reino de la libertad del Hijo de su amor.

"El es el Primogénito de entre los muertos", "para ser el primero en todo" (Col.1,18), para reconciliar a la humanidad y al universo. Pero desde la mañana de la resurrección a la luz del rostro del Cristo pascual, en la mesa de la fracción del pan, se descubre el proyecto misterioso de amor del Padre, realizado por el Primogénito desde antes de la creación del mundo. Todo fue hecho por El y para El. Por sus manos el universo, a sus manos el universo. El Padre se ha propuesto recapitular todo en El, para alabanza y la gloria de su gracia. Con lo cual, la Iglesia peregrina se ve sobrecogida porque es el pequeño rebaño sostenido por su Señor para transfigurar el universo. El himno insiste mucho en subrayar el poder de las fuerzas cósmicas, de "los cielos, la tierra, lo visible, lo invisible, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades" (Col. 1,16). La comunidad de Colosas, como la de Efeso, tenía miedo al mundo y se había metido en casa para buscar un especie de paraíso anticipado y no hacer frente al camino histórico donde el Reino de Dios se atestigua como una ofrenda que hay que sellar con el propio martirio. Estos himnos son unos himnos que pertenecen a la segunda mitad del siglo I, de una Iglesia peregrina, por dentro enfrentada y por fuera perseguida, que es confirmada en la esperanza inquebrantable del Señor que la encabeza, en cuyas manos está el futuro definitivo, pues él mismo es el punto omega de la historia.

La Iglesia local es la Iglesia del Señor que peregrina en un trozo de la tierra, en un tramo de la historia. Conviene contemplar su misterio desde el Señorío del Señor que la encabeza. Puede estar atemorizada y enfrentada, pero su misterio debe ser contemplado desde la centralidad de su misterio pascual del Señor. Y más todavía, cuando llega a la era de un nuevo éxodo hacia el porvenir. Me parece que la Iglesia necesita hoy ponerse de rodillas, postrarse ante el crucificado, Señor de la gloria, para poder reemprender esta nueva peregrinación hacia una época nueva e inédita de la historia, que abre su Señor para avanzar el Reino del Padre.

3. "LA IGLESIA O EL REINO DE CRISTO, PRESENTE Y SU MISTERIO"

Después de aclamar el señorío del Señor Jesús, volvemos al texto de L.G.,3 donde está concentrada la cristología.

logía que subyace a la contemplación de la Iglesia en todo el documento. Las manos del Padre entregan al Hijo en la unidad del Espíritu. La Iglesia del Señor es la "Ecclesia ex Trinitate". El amor nos ha llegado desde el Padre por el Hijo en el Espíritu Santo. Así se ha ido realizando el misterio de la Iglesia en la historia santa. La Iglesia que había sido proyectada y prefigurada se reúne, se constituye y se manifiesta en la Pascua.

El transfondo cristológico de L.G. son los grandes himnos al Señor. Flp.2,6-11 como aclamación central. Desde allí se mira hacia atrás (Ef.1,3-14) y hacia adelante (Col.1,13-20). El Padre ha querido reunir en uno a los hijos dispersos por el mundo para recapitular el universo (Ef.1,4-5.10). El texto conciliar plantea el camino de bajada y el camino de subida. Es una cristología integral en la cual como en el himno de Fil.2,6-11 aparece el Hijo bajando. Cristo, pues, en cumplimiento de la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el reino de los cielos y efectuó la redención con su obediencia, "hecho obediente hasta la muerte y una muerte de cruz" (Flp.2,8). El Hijo amado baja hasta las partes más bajas de la tierra. La última hondura es la muerte y la muerte como un esclavo crucificado. Pero es levantado y entronizado. El Padre le da su nombre sobre todo nombre, le proclama como Señor (L.G., 9.36). Juan ha visto la crucifixión como exaltación. Al levantarlo en el madero, el Padre le encumbró y glorificó: "cuando yo fuere levantado sobre la tierra todo lo atraeré a mí mismo" (Jn.12,32). El Hijo amado desciende, pero al descender asciende, asciende por encima del universo, por encima de la Iglesia. Y ¿qué sucede entonces? Que de su costado, precisamente de su costado, sale sangre y agua (Jn.19,34). Es el tejido cristológico del fragmento 3: "hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz (Flp.2, 8), "levantado sobre la tierra para atraer todo a sí mismo" (Jn.12,32), de forma que de su costado abierto sale sangre y agua (Jn.12,34). ¿Cuál es el título que se le da entonces? Sospecho que para la humanidad del siglo XXI el Espíritu ha sugerido a la Iglesia el título de Jesús como hermano primogénito, Hermano y Señor. La humanidad necesita una gran cercanía: por otra parte, tampoco puede hacer de Jesús algo que se apropie idolátricamente; entonces el título de "protótipos", primogénito, es un título que se repite insistentemente en los textos conciliares.

En el pasaje fundamental de L.G.2 aparece el título primogénito citado dos veces: "Cristo, imagen de Dios in-

visible, primogénito de toda criatura (Col.1,15). "A todos los elegidos desde la eternidad el Padre "los conoció de antemano y los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que El sea el primogénito entre muchos hermanos" (Rom.8,29). Con lo cual aparece el proyecto del Padre centrado en su Hijo como hermano mayor de la humanidad y del cosmos. La constitución "Gaudium et Spes" desarrollará ampliamente esta cristología, en la clave de la nueva humanidad. Nos encontramos en la última hondura del misterio. El misterio del Padre es su Hijo, pero su Hijo para nosotros, por nosotros, ante nosotros. Desde ahí podemos descifrar el misterio del hombre y las grandes paradojas que hoy acosan a la humanidad, en su peregrinación por el mundo hacia el futuro absoluto de su vocación.

Contemplemos entonces el misterio de la Iglesia como el don del Padre, que es su propio Hijo en la unidad del Espíritu o para expresarlo con la expresión paulina: "La comunión con el Hijo" (ICor.1,9). Ahí está la comunión de la Iglesia: la koinonía. Antes que comunicar los bienes y los dones, es la comunión del Hijo. Eso es la Iglesia: la comunión con el Hijo. Lo que hace a la humanidad fraternidad y lo que hace al universo hogar y mesa, es la comunión con el Hijo.

El Concilio ha encontrado expresiones muy vivas para decir este misterio de comunión anticipada e irradiante. La Iglesia es el "reino de Cristo, presente ya en misterio" (L.G.3). Por eso, recibe la misión de anunciar "el reino de Cristo y de Dios" (Ef.5,5 ; L.G.5). Es una perspectiva que aparece sobre todo en las cartas paulinas. El reino del Padre se ha anticipado cuando el Padre entronizó a Jesús como Señor. Conviene que El reine, para que vencidos todos los poderes, incluso la muerte, El mismo entregue el reino al Padre (ICor.15,23-28). Hasta la consumación del reino de Dios, avanza por la historia el reino de Cristo.

El Señor encabeza su Iglesia en la que se realiza y se ejerce el reino de Cristo. La Iglesia tiene que ser vista desde el "regnum Christi", desde el señorío de Cristo, desde la primacía de Cristo, de tal forma que entonces esta Iglesia que es la presencia del señorío de su Señor, se convierta en "germen et initium regni Dei" (L.G.5), germen, simiente, comienzo del reino de Dios.

El Sínodo 85 ha acentuado el misterio, el misterio del reino, realizado en el misterio del Señor Jesús. Pero sería

bueno que estas categorías teológicas (misterio, revelación, mediación), se pudieran leer desde la categoría fundamental de la representación. El Hijo es el rostro del Padre (Jn. 14,9 y 12,45). La Iglesia es el rostro de Cristo. La Iglesia no representa a Jesús, su Señor. Es el Señor Jesús el que se hace presente en la Iglesia. Si la Iglesia representa a Jesús, se puede apropiarse a su Señor. Y si densifica tanto la mediación, puede oscurecer el rostro de su Señor. Pero si la Iglesia es la representación de su Señor en cuanto que el Señor se hace presente en la Iglesia, entonces la Iglesia estará perpetuamente en el camino de la conversión. Será la nueva humanidad de los peregrinos residentes. Somos peregrinos en la tierra, aunque residentes, entre peregrinación y residencia. Porque quien encabeza es el Señor. Por tanto, siempre sobre-cogidos y sobre-pasados por El. Siempre en conversión y reforma, siempre de paso en la pascua. Representar al Señor, por tanto, en la Iglesia supondría en este momento recordar la radicalidad bíblica de la "representatio Domini". Es el Señor. La Iglesia no es más que el rostro del Señor. Este rostro es el que resplandece en el rostro de la Iglesia para iluminar a toda la humanidad y a toda la creación.

La Iglesia es la Iglesia del Señor. De El, en El y bajo El. Por eso, en el Concilio, cada mañana se entronizaba el Evangelio, que es Cristo mismo, el evangelizador y el evangelizado. Y los Padres se ponían como discípulos, como adoradores ante este Cristo que presidía la comunidad. Sólo El, exclusivamente El, El totalmente. La renovación de la Iglesia en esta travesía es, antes que nada, un acto de fe, de aclamación, de confesión del señorío de Jesús. Una confesión hecha en vida y en muerte. Una confesión, al único Señor, sellada con la sangre. Porque de lo que se trata, como decían los Padres al comienzo del Concilio, es de renovarnos de tal manera que "aparezca ante el mundo el rostro amable de Jesucristo" (Mensaje de los Padres a todos los hombres. 21 de octubre de 1962).

Nada que no suponga el reconocimiento absoluto de la primacía de Cristo y la fidelidad total al Espíritu, nada que no sea esto, nos puede llevar a buen fin. Que de todas las maneras posibles se proclame que la Iglesia nada puede sin su Señor, que todo lo recibe de El, que no existe más que para llevarle a El y que desaparezca ante El. La Iglesia es una mediación para la inmediatez del señorío del Señor. Es una "representatio Domini", es un "sacramentum Domini", es un misterio visible del misterio

invisible del Señor. Un misterio que se da y al darse se manifiesta. Un misterio que transfigura, innova y recapitula la historia entera.

Tal vez nadie haya expresado mejor que Pablo VI en aquel famoso discurso de comienzo de la segunda sesión del Concilio: "Cristo, Cristo nuestro principio, Cristo nuestra vida y nuestro guía, Cristo nuestra esperanza y nuestro término. Que preste este Concilio plena atención a la adoración múltiple y única, firme y estimulante, misteriosa y clarísima que nos apremia y nos hace dichosos entre nosotros y Jesús bendito, entre esta santa y viva Iglesia que somos nosotros, y Cristo, del cual venimos, por el cual vivimos y al cual vamos... ¡Ojalá fuésemos capaces en esta hora de elevar a nuestro Señor Jesucristo una voz digna de El! Diremos con la de la sagrada liturgia: 'Solamente te conocemos a ti, Cristo; -a ti con alma sencilla y pura- llorando y cantando te buscamos...' Y al clamar así, nos parece que se presenta El mismo a nuestros ojos, extasiados y atónitos, en la majestad propia del Pantocrátor... Nos nos vemos representados en el humildísimo adorador, nuestro predecesor Honorio III, que aparece en el espléndido mosaico del ábside de la basílica de San Pablo Extramuros, pequeño y casi aniquilado, besando en tierra el pie de Cristo, de enormes dimensiones, el cual, en actitud de maestro soberano domina y bendice a la asamblea reunida... a la Iglesia... Cristo, la fuente de la humanidad redimida, de su Iglesia, y en la Iglesia como su efluvio y continuación terrena, y al mismo tiempo misteriosa... Es conveniente que este Concilio arranque de esta visión, más aún, de esta mística celebración, que confiesa que El, nuestro Señor Jesucristo, es el Verbo encarnado, el Hijo de Dios y el Hijo del hombre, el Mesías del mundo, esto es, la esperanza de la humanidad y su único supremo Maestro. El, el Pastor; El, el Pan de la vida; El, nuestro Pontífice y nuestra Víctima; El, el único Mediador entre Dios y los hombres; El, el Salvador de la tierra; El, el que ha de venir Rey del siglo eterno; visión que declara que nosotros somos sus llamados, sus discípulos, sus apóstoles, sus testigos, sus ministros, sus representantes y, junto con los demás fieles, sus miembros vivos, entrelazados en el inmenso y único Cuerpo místico, que el, mediante la fe y los sacramentos, se va formando en el sucederse de las generaciones humanas, su Iglesia, espiritual y visible, fraterna y jerárquica, temporal hoy y mañana eterna". (29 de septiembre de 1963, números 11-14).

Pablo VI en un gesto profundamente simbólico quiso volver corporalmente al pesebre, a la cruz y al cenáculo, antes de terminar el Concilio. Quería significar la vuelta decidida y absoluta al camino de Jesús. Ahora que termina la modernidad que empezó con el renacimiento, esta época prometeica de la aventura humana, que termina entre luces y sombras, incluyendo en su balance el hemisferio Sur lleno de hambre y el hemisferio Norte lleno de paro y drogadicción. Pues ahora la Iglesia se pone de rodillas para adorar al Señor, que encabeza el universo en la Iglesia.

No amanece el Señor, porque es de noche en el mundo. Se han visto más las sombras de la noche, porque ha hecho amanecer el Señor. Cuando no estábamos para cantar la aurora, dio un paso adelante El por la fidelidad a su misericordia. Es la hora de poner los ojos en El, sólo en El. Adorarle sólo a El y postrarse sólo ante El es para la Iglesia, me parece, cuestión de vida o muerte. Sí, la confesión de Jesús como Señor, el volver a los himnos cristológicos para poder hacer después camino, para poder ser hermanos y hacer sin miedo y con alegría la oferta de la gracia a todos los hombres.

Se entiende muy bien, y ya termino, que entonces nuestra contemplación de la Iglesia parte del señorío de Jesús, realizado en el misterio pascual y entregado en la Eucaristía. El texto cristológico de L.G.,3 termina diciendo: "Cuántas veces se renueva sobre el altar el sacrificio de la cruz en que nuestra pascua, Cristo, ha sido inmolado, se efectúa nuestra redención". Este misterio pascual que es sacrificio (ICor.5,7), es también cena de hermanos. Al propio tiempo, en el sacramento del pan eucarístico, se representa y reproduce la unidad de los fieles que constituyen "un solo cuerpo" en Cristo (ICor.10,17). Entonces el Concilio para completar su perspectiva cristológica retoma esas palabras tan apasionadas de Pablo VI y las introduce en el texto conciliar: "Cristo luz del mundo de quien procedemos, por quien vivimos y hacia quien caminamos" (L.G.,3).

"Por Cristo, con El y en El", "en la unidad del Espíritu Santo". Son las preposiciones misteriosas que explican todo el misterio de la Iglesia del Señor.

\_\_\_\_\_

\_\_\_\_\_